

que es bajeza de ánimo su cumplimiento. Dejar él y sus hijos la corte cuando se ven ofendidos del mismo á quien tocaba su amparo, nos enseña que, ya tengamos ó no razon, es cordura huir el rostro á los poderosos. Volver á su casa y ballar tan impensadamente tan alegre suceso, de donde podia esperarse tan infeliz, nos advierte que

muchas veces se guian las cosas tan diferentes del juicio humano, que tal vez los mas encumbrados sin saber cómo se hallan en mil penosas calamidades, y otros, sin alcanzar por dónde, de en medio de las persecuciones y trabajos, se ven exaltados y favorecidos en el mas sublime grado de la fortuna.

## NADIE CREA DE LIGERO,

POR DON BALTASAR MATEO VELAZQUEZ.

Nadie crea de ligero,  
O por locura ó ignorancia,  
Que el mirarlo es de importancia.

Vivia en una aldea de aquellas sierras de la montaña de Buitrago un labrador ó serrano, que todo podemos decirselo, mozo en edad, pero casado con mujer de años mayores. La desigualdad de las edades, y aun de las condiciones, causaba entre ellos una lastimosa y bien inquieta vida, especialmente en la mujer, que como el casamiento hubiese sido de su parte de ella por enamorada del buen talle del mozo, y de la parte de él por gozar de la mucha hacienda que poseia, y él diese en gastar y en aborrecerla, y ella en lastimarse de la pérdida de su hacienda y en celarle de otras mujeres mozas á quien él visitaba, verdaderamente su modo de cohabitar y estar juntos era una perpetua guerra y continuada discordia, pero nada de esto era poderoso, aunque la pobre vieja veia desengaños notables á sus ojos, para que dejase de amar al marido tierna y entrañablemente.

Cierto que la filosoffa amorosa, que enseña que cada igual amie á su igual y semejante, y que esta pasion de amar que se apoya y asienta mejor en la sangre hirviendo y en los años mozos que no en las personas y corazones quebrantados con los trabajos y rendidos con los muchos años y tiempos que ya pasaron por ellos, que dijo bien, porque la mocedad toda es amar y hervir, toda es enloquecerse y pretender; pero como esto es verdad, tambien lo es que si en un viejo de años decrepitos, ó en una mujer ciega de alguna pasion entra esta del amor y se arraiga de veras, peores son de curar estos locos que los otros, porque si hemos de defender la opinion del otro poeta y filósofo que queria que consistiese el amar en apetecer lo que no tiene quien ama, como la ancianidad no tiene lo que halla en la juventud, fáltale brio, y hállalo; busca hermosura, y alcánzala; quiere deleite, y consíguelo; apetece regalo y ternura, y descúbrela. Con eso no le sacarán á la vejez de esas Indias con que se ha encontrado en la mocedad, los mayores desengaños ni los peores escarmientos. De aquí pienso que nacia que nuestra casada, que se llamaba Polonia, estuviese tan enamorada de su velado y marido, cuyo nombre era Pascual; pero él se daba por

tan poco obligado del desvelo de Polonia, con que en su vestir y comer cuidaba tanto, que se olvidaba de sí propia, por acudir al olvidado dueño de su vida y hacienda. El, como villano y bárbaro, áspero en la condicion, y rústico en la correspondencia, porque entre esta manera de gente el agradecimiento no es moneda que corre, ni saben qué es deber, ni se les acuerda qué es pagar; aquella su bestialidad y bruta conservacion los entontece aun mas con el uso que con la naturaleza, y por donde fueron los padres corren los hijos; y como lo que oyen es bestias, y á lo que hablan bestias, y con quien comunican bestias, pégaseles el trato como de bestias; y cuando alguno sobresale de aquí, en vez de dar en saber, da en temer y sospechar, porque su prudencia no es sino astucia, y su sabiduria malicia. De todo tenia Pascual, bien comido y mas regalado, querido de su mujer, y envidiado de sus vecinas. Dió en quererle una de ellas, llamada Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes, y tez moreno, que para alabarla á fuer de su territorio era mujer que amasaba tres hanegas de pan en un dia, y se comia la una. Esta acudia á los prados adonde llevaba Pascual sus bueyes á llevar sus vacas; allí se decian motes, se referian consejas. Esto de la mucha conversacion aun en los muy cortesanos ahorra de cortesias, y hace des-envueltos á los cobardes, y no perdona á los labradores y aldeanos toscos; si por acá regala carne, par allá piedras, y el mucho fuego tan bien arde en la estopa por hilar como en el hilado. Pascual y Brígida vinieron á quererse, y si la seda y el brocado no saben encubrir al amor, ¿qué ha de hacer el sayal, que tiene menos perejiles con que disfrazarlo? Y aun el amor urbano va por sus términos á la larga, como la ejecucion en bienes raices; pero el amor del aldea es con resolucion como quínola al primer descarte. Llegó este negocio á tanto rompimiento que Polonia vino á entenderlo, y fué tal la desesperacion y rabia que causó en ella, que la puso casi en el extremo de la vida. Convaleció de la enfermedad, digo de la del cuerpo, que del rabioso accidente de celos siempre padecia, porque tenia la cau-

sa presente en Brígida, y á Pascual tan enamorado como siempre. Esto llevó Polonia á no poder mas, ya con pesadumbre, ya sin ella, unas veces usando de medios suaves, regalando al marido y haciéndole los mejores tratamientos que ella alcanzaba; y aun llegó á tanto el desear la pobre casada el asiento de este negocio, que se hizo amiga de Brígida, y le pidió le dejase á su marido en paz, mezclando algunas lágrimas que derramó en su presencia: promesas de consideracion como cumpliese lo que ya Brígida le habia prometido, que era de no oír ni ver mas á Pascual; pero á la verdad, ni del jugador que lo tiene por vicio, ni á persona amante que ha hecho hábito á estar ciego, ni se puede creer palabra, ni añazar seguro que dé ni prometa.

La buena de la Brígida cumplió tan mal lo que puso con Polonia, que antes se quejó al marido ajeno y galan propio, y le pidió venganza del agravio: que tenia por tal de haber venido su mujer á su casa á darle quejas y pedirle celos. De donde resultó que, indignado de nuevo Pascual con Polonia, la dió no sé qué torniscones y empezó á desvergonzarse y á poner las manos en ella á menudo, que cuando llega sin ocasion la libertad y poder del marido á tanto rompimiento, ni hay que esperar de su cortesía, ni con qué asegurarse de sus obligaciones. Tal estaba la pobre Polonia de rendida y acabada con tantos repastos de aporreos y malos tratamientos, que, si no estuviera tan ciega de enamorada de su marido, hubiera tratado, como ya se lo aconsejaron, de apartarse de él, á lo menos de la cohabitacion, que es lo que le permitia el derecho; pero ni para la necesidad bastan leyes, ni para el amor cuando es de veras causas razonables; y así, la triste vivia muriendo, teniendo por alivio cualquiera palabra oída de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Unas veces se volvía contra sí misma, diciendo que si no se casara tan vieja y con hombre tan mozo, que pudiera ser que no llevara tan mala vida; pero pues que ella lo buscó y lo quiso, que se tomase lo que se tenia, pues quiso y gustó de ser casada cuando estaba mas para la sepultura que para el tálamo, y para acabar de consolarse, una vez remataba esta relacion de desdichas y este proceso de engaños con el fin del pregon de los ahorcados: quien tal hizo que tal pague.

Muchos dias y meses vivió engolfada en este mar de pesadumbres la pobre Polonia, y jamás acabó de dar con todo el juicio al traste, hasta que pasando un dia por delante la puerta de Brígida, que era fiesta, y ella salia para ir al baile, como dicen, de veinte y cinco alfileres, volviendo á mirarla con atencion, la vió al cuello, entre otras cosas de plata, un joyel que Pascual habia dado á Polonia el dia que se casaron; y habiéndole echado menos los dias atrás, por haber sido dádiva de su esposo, y en semejante ocasion no osaba decir que le faltaba, pero viéndole sobre los pechos de Brígida, aquí se le acabó toda la paciencia y el seso, y mas cuando se acordó que cada dia iba echando muchas cosas menos en su casa y hacienda; y con este testigo, aunque singular, dió por verdadera la informacion de que todo

cuanto en su casa se desaparecia iba á la de Brígida. Con esto Polonia se fué á la suya, y hallando al marido en ella, empezó á dar tan grandes gritos y voces, y él á responderla con tanta ira y cólera, que de las palabras vinieron á las manos y alborotaron, no solo la vecindad, pero todo el pueblo; y aunque á Pascual le obligaron los vecinos á sosegar, reprendiéndole sus desórdenes y amenazándole la justicia, como el negocio era público, con la pena y castigo de los adúlteros; pero á Polonia no habia hacerla callar ni sosegar, porque tras del mal de los celos se juntaba en ella otro, que es intolerable en los viejos, como dijo Aristóteles en el libro iv de sus *Éticas*, que es el de la avaricia, porque ver ella gastar y disipar su hacienda con aquella mozueta, la habia trastornado todo el juicio, de suerte que decia desatinos extraordinarios contra el marido, y entre otras plegarias y súplicas que hizo al cielo empezó á decir: Justicia venga por este traidor, que si yo fuera ruin mujer como él es mal hombre, ya no me pudiera sufrir el mundo; desdicha es esta grande para las mujeres casadas, que siendo en razon de pecado tan grave el que comete el marido que es adúltero, como la mujer que es adúltera, no solo las leyes humanas hayan establecido tan desiguales y diferentes penas para el uno que para el otro, sino que tambien en la opinion de los hombres y del mundo es tenido por infame y afrentado el marido que tiene mujer adúltera, y no lo es la mujer que tiene el marido adúltero, tanto, que á ella se contenta el vulgo con llamarla desdichada y mal casada, pero á él le llaman ciervo, huey, venado y otros nombres ridículos y indignos de un hombre que sabe que es honra. Justicia del cielo y castigo venga de arriba para este traidor; y plega á Dios, enemigo, que pues tú me haces padecer tanto, que los cuernos que yo habia de tener los tengas tú, y que como por tus deshonestidades adúlteras yo vengo á ser la vaca, el venado y el huey, que por milagro y justo castigo del cielo antes que Dios amanezca te conviertas en venado y en ciervo, y que lo vean mis ojos.

Pascual, oyéndola tantas locuras y desatinos, unas veces reia, y otras rabiaba, hasta que, cansada Polonia de dar voces y llorar, se quedó dormida sobre una mala camilla en que se habia echado. El marido enfadado y aun corrido de lo que habia sucedido el dia antes, presente todo el pueblo, y viendo que ya no podia entrar en casa de Brígida si no era á mucho peligro y riesgo de ser castigado por la justicia, y aun perseguido de sus parientes, tomó una resolucion propia de un hombre tan apasionado como mal entendido, que fué irse y perder la tierra, pues le obligaban á perder el gusto; y reconociendo que su mujer dormia profundamente, quitándole las llaves sin que lo sintiese, le abrió las arcas y le sacó unos realejos que ella tenia guardados, y se fué como á la mitad de la noche, dejándose la puerta de la casa de par en par abierta, porque al cerrarla hacia ruido, y no despertase Polonia y le estorbase el emprendido viaje, con que tuvo lugar para irse y desaparecerse.

Es aquella tierra de suyo frigidísima, y suele hacer unos inviernos terribilísimos de nieves y hielos, y era esta noche una de las del mes de diciembre, y habian caido y caian tantas nieves, que no solo los animales domésticos, pero las fieras campesinas y las aves de rapiña se suelen acoger á las casas de las aldeas y encerrarse debajo de los cobertizos de ellas, porque en lo despoblado se caen muertas á manadas. Habíase venido hácia lo poblado una bandada de venados y ciervos á valerse del amparo de las casas del aldea; y uno de ellos, de unas astas y cuernos bien grandes, como halló aquella puerta abierta, entróse á la cocina y echóse sobre la ceniza de la lumbre. A este tiempo ó poco despues de como el ciervo entró despertó Polonia, y como amaba tan tiernamente al desagradecido Pascual, quisiera que le hiciera alguna caricia, porque con cualquiera se desenojara; pero conociendo su desgracia, y estando cierta de que si ella no empezaba á ablandarse él no se humanaria, empezó á llamarle y á decirle: Ea, hermano, seamos amigos; perdóname, que como es tanto el amor que te tengo, han sido tantas las locuras que he dicho y hecho. Pero como no le respondiese, toda alborotada y asustada se levantó, y acudiendo á la puerta, y hallándola abierta, juzgó lo que era verdad, que se habia ido, y persuadiéndose á que por ventura estaria en casa de Brígida, la volvió á cerrar con ánimo de encender luz, y no hallando al marido, llamar á la justicia y cogerlos juntos; con esto se fué derecha al fuego para encenderla, y la bestia que estaba allí echada, sintiendo pasos se levantó, y por salirse la dió dos ó tres vueltas muy bien dadas. Ella, que al tocar los cuernos vió y conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldicion se habia cumplido y que su marido verdaderamente se habia convertido en ciervo, no pudiendo caer en que realmente lo fuese ni el modo y causa de haberse entrado allí; y así, teniéndolo por milagro, ar-

repentida de las maldiciones que habia echado á su marido, desasiéndose como pudo del ciervo, bien aporreada de él, huyó hácia la puerta y le abrió, y salió dando gritos. El animal que vió luz por la puerta, para salirse de la casa salió tras de ella; aquí fué donde á Polonia se le acabó el ánimo, y pareciéndole que era el marido que la perseguia en aquella figura y forma, se cayó desmayada sobre la nieve sin género de sentido, y como la frialdad era tanta y ella estuviere tan descalabrada y maltratada con los muchos años, poco fué menester para que se le acabase la vida; con todo eso, los vecinos, que habian despertado al ruido y voces, salieron de sus casas, y llegaron á tiempo que, haciéndola los remedios imaginables, le ayudaron á volver algo en sí, con que pudo contar su desgracia; pero estaba tal, que solo vivió lo que fué forzoso y necesario para acabar como cristiana. Al fin murió Polonia, muerte que muchos la lloraron, aunque la malicia humana es tal, que si bien lloraron la muerte, no faltó quien riese el suceso; del cual siendo buscado su marido y avisado de él, no quiso volver jamás á su tierra, juzgándose por tan aborrecido como malquisto de los herederos de Polonia y de los parientes de Brígida, que desengañada de su olvidado amante, por quitarse de malas lenguas y pagarle en la propia moneda, se casó con un boyerizo ó guardavacas, que vengó á Polonia, porque era el villanzote tan celoso y tan lleno de malicias, que como le eran notorias las flaquezas pasadas de Brígida, no venia fiesta á mudar camisa que por hazte allá las pajas, como dicen, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos, tanto que sobreviniéndole sobre una paliza un calenturon desaforado, acabó de repente siguiendo los pasos de la celosa Polonia, todo originado y nacido del ruin principio de aquel desigual casamiento, aunque los mayores daños los trajo la facilidad en el creer Polonia tan fácilmente que su maldicion se habia cumplido y Pascual se habia convertido en ciervo.